

(Otras) filosofías en Chile: las paradojas de la disciplina de la distancia. Entrevista a Cecilia Sánchez*

por Carolina Ávalos**

C.A: Cecilia te agradezco profundamente haber aceptado esta entrevista para la Revista Latinoamericana del Colegio Internacional de Filosofía y, sobre todo, tu amable disposición a conversar acerca de algunos temas que han sido marginados por la filosofía en Chile.

Tu trabajo, Una disciplina de la distancia. Institucionalización universitaria de los estudios filosóficos en Chile, influye cada vez más en las nuevas generaciones; es comentado constantemente en coloquios de filosofía chilena y de enseñanza de la filosofía, así como también, influye cada vez más en las investigaciones que tratan el vínculo entre la filosofía y pedagogía en Chile. De aquí que quisiera preguntarte acerca del vínculo entre tu trabajo y lo que está pasando hoy en Chile: este libro, publicado en el año 1992, hoy día se vuelve contingente y necesario para interrogar a la filosofía en Chile y para una posible apertura a “otra” filosofía. Quizá una filosofía más política, una filosofía que tiene más conciencia de sí misma, de su práctica, de su institución. ¿Crees que parte del florecimiento de este fenómeno sea a causa de tu trabajo?

* Cecilia Sánchez es Doctora en Filosofía por la Universidad París 8 Vincennes-Saint-Denis y Doctora en Literatura por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es académica de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Ha publicado *Una disciplina de la distancia. Institucionalización universitaria de los estudios filosóficos en Chile*, Cerc-Cesoc, 1992; *Escenas del cuerpo escindido. Ensayos de filosofía, literatura y arte*, Cuarto Propio/Universidad Arcis, 2005; *El conflicto de la letra y la escritura. Legalidades/contralegalidades de la comunidad de la lengua en Hispano América y América Latina* Fondo de Cultura Económica, 2013. cecisanchezo@gmail.com

**Carolina Ávalos es Doctora en Filosofía por la Universidad París 8 Vincennes-Saint-Denis y por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Forma parte de la Coordinación Nacional de la Red de Profesores de Filosofía, REPROFICH. carolina_avalos_valdivia@yahoo.com

C.S: Agradezco tu pregunta, ojalá sea así, porque después de publicar el libro primero hubo un largo silencio y luego críticas, aunque no muy explícitas, sobre todo de parte de los filósofos de orientación heideggeriana, en especial porque el libro se configuró primero bajo la modalidad de una investigación. El concepto mismo de investigación era mal mirado en ese momento debido a la apreciación de Heidegger y a su calificación de “calculante”. Además, mi libro contenía entrevistas, formato que es menos tradicional del que estamos acostumbrados en Chile, ya que se asocia al periodismo. Sin embargo, hoy sabemos que hay muchas entrevistas de importancia en el área de la filosofía, como las de Marcuse, Habermas, Derrida, Arendt, Foucault, entre otras. En cambio, en nuestro medio todavía tenemos una idea demasiado sacralizada de la filosofía.

C.A: Cada vez menos, quizá.

C.S: No sé, depende de los grupos y orientaciones filosóficas. Hay algunos que cada vez más y otros que cada vez menos. En todo caso, a mí me cuesta hablar de “Filosofía en Chile” en términos unitarios, porque creo que hay una heterogeneidad institucional. De hecho, hay una matriz –que es la que yo investigué en el libro– que arranca de la Universidad de Chile. Eso no significa que no hable de los filósofos/as de las universidades católicas u otras, lo que pasa es que las políticas institucionales son distintas. Por este motivo, me pareció importante en mi estudio romper completamente con la idea de hacer una historia o “historizar”, por así decir, el pensamiento de las personas que hacen filosofía en tanto individuos aislados. Al contrario, se me hizo necesario enmarcarlos en una forma de institucionalidad o política institucional, donde la institución se entiende desde las mediaciones político-epistemológicas u hermenéuticas a través de las cuales tú piensas. Si estás en la Universidad de Chile, estás mediada por el Estado, no te quepa duda; si estás en la Universidad Católica, aunque lo niegues, estás mediada por la Iglesia y tu pensamiento va a evitar ciertos temas, lecturas y conceptualizaciones. O sea, esas mediaciones institucionales, entre otras, te hacen decir o no decir; te hacen significar, interpretar o silenciar tu trabajo de escritura: a eso, entre otras cosas, le llamo

institución, sin tampoco asociarla al término “normalidad”, de Francisco Romero, referido a la etapa profesional de la filosofía.

Igualmente, en el texto que tú leíste en la Revista Solar¹, subrayo una característica civil de *Una disciplina de la distancia*, pues, si bien se publica dos años después de la dictadura, surge como tema el año 1984, año en que estuve becada como “investigadora joven” en la FLACSO². Primero, lo enmarqué en una década (60-73), después fui ampliando el período hasta llegar al siglo XIX. En todo caso, su inspiración responde a un contexto político-intelectual y no tuvo nada que ver con un estudio que buscara legitimarse como parte de una producción universitaria.

C.A: Es un libro que fue trabajado en dictadura y que fue una forma de resistencia. Mejor dicho, una doble resistencia, porque creo que no se trataba tan solo de la coyuntura política que era tremenda, con todas las consecuencias que conocemos, sino que también se trata de una resistencia de base que tiene que ver con las formas, normas, métodos y metodologías de la filosofía. Este doble trabajo de resistencia hace de tu libro un gesto político muy potente que le da toda una carga simbólica a los estudiantes hoy día, a las nuevas generaciones que están mucho más conscientes del vínculo filosofía y política. En el texto Institucionalidad de la filosofía en Chile: rutas y quiebres³, comentas y complementas tu trabajo de 1992, añadiendo también el ingreso de las mujeres a la filosofía institucional chilena. Asimismo, en una entrevista te refieres a las formas en que se practica la filosofía en Chile: “Para mí era importante salir del formato de los discursos magistrales y aproximarme a lo más doméstico o a lo que se cree que son minucias del ejercicio de la filosofía en su enseñanza, pues, creo que en Chile su instrucción se encuentra muy prisionera de los grandes discursos y tienden a no apreciar las pequeñas prácticas que la rigen”⁴. Para abordar este tema, me gustaría que te refirieras a tu

¹ Cfr. C. Sánchez, “Institucionalidad de la filosofía en Chile: rutas y quiebres”, *Solar*, a. 11, vol. 11, n° 2, Noviembre 2015, pp. 145-165.

² Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

³ Ídem.

⁴ A. Ibarra, “Filosofía política de la letra: género y universidad. Entrevista a Cecilia Sánchez” en: *Le Monde diplomatique*. Edición chilena Aún creemos en los sueños. <https://www.lemondediplomatique.cl/Filosofia-politica-de-la-letra.html>

experiencia de ingreso a la filosofía, al hecho de ser mujer y cómo esto ha influido en las preguntas y problemas que motivan tus investigaciones. Hay una condición que creo que es el punto de partida, no solo necesario y el evidente por tu constitución de género, sino que –en esta doble resistencia a la que me refería–, el hecho que seas mujer.

C.S: [...] Parto por mi forma de ingreso. Entré a estudiar exactamente el año 1973, a la así llamada “Sede Norte”. Tuve clases con un pequeño grupo de excelentes profesores que se alejaban, estando en la Universidad de Chile, de la matriz de la “Sede Oriente” donde habían graves conflictos de tipo político. Partimos en el Hospital José Joaquín Aguirre, en lugares muy insólitos, en una especie de altillo en construcción, donde aparentemente no podría suponerse que se pudiera estudiar filosofía. En este espacio nunca me sentí estudiando filosofía de modo escolar, porque este grupo de profesores que eran excelentes, instalaron relaciones muy horizontales entre ellos y con los alumnos y alumnas que ingresaron. Esta forma se apreciaba muy especialmente cuando uno de ellos dictaba un curso y todos sin excepción asistían. Los nuevos alumnos teníamos que acostumbrarnos a las grandes preguntas que se hacían los más experimentados en la reflexión y en la bibliografía, en un espacio dónde estábamos conversando más que haciendo clases. Y eso, claro, lamentablemente duró hasta el año ‘75, año en que las autoridades militares cierran la Sede Norte, con Humberto Giannini como su Director. Luego, toda la experiencia que viene... perdimos muchos amigos, pasamos por la experiencia de la dictadura, de perder la mayoría de nuestros profesores debido a su expulsión. Ya el mismo año ‘73 teníamos muchos compañeros extranjeros, españoles, peruanos, brasileños; era impresionante el carácter multicultural de los cursos. Después del ‘73, Chile quedó convertido en un país pequeño, completamente homogéneo, donde nadie quería pasar por alguien distinto, había un terror a ser diferente. Varias veces me pregunté si nuestros compañeros brasileños, franceses y españoles se lograron arrancar; así partió todo. Y yo diría que esta situación y esa experiencia es un antecedente para entender la temática de mi libro [...], también de la manera en que se ejercía la política desde la dictadura, ya que estaba además la experiencia del modo en que se

ejercía la política desde los alumnos: modalidad con la cual yo también entré en crisis. Recuerdo cuando comenzó a hablarse en *El Mercurio* de la “Ley de Universidades”: creo haber sido la única que dije que había que leer y escribir sobre esa Ley, debido a los cambios radicales que anunciaba, a su modo neoliberal que hacía equivaler la compra de un auto a una carrera o profesión universitaria. Pero, en ese momento, lo más importante era sacar a los guardias de seguridad. Eso me hizo pensar que en realidad lo más político es lo que uno escribe filosóficamente, porque me decían ñ – en privado sobre todo– que mi petición no era política. Y los alumnos tardaron más de 30 años en volverse a hacer la pregunta acerca de la nueva figura comercial que asumía la universidad, cuando ya se habían instalado las universidades privadas con fines de lucro y se desreguló todo el sistema de producción del saber. Curiosamente, todo eso se había anunciado por el diario y nadie, te prometo, le dio ninguna importancia. En esos momentos ese nuevo planteamiento no se quiso leer, porque la política se practicaba sobre la base de slogans, gritos y muchas marchas. Yo creo que están bien las marchas, pero con algún tipo de reflexión puesta por escrito; sin reflexión no hay nada. [...] Además, en ese mismo período se quiebra el vínculo que había entre la licenciatura en filosofía y la pedagogía. Yo creo que todos... de manera muy, cómo se puede decir... muy mecánica, obedecieron a la implantación de esa separación. Yo retomo en el libro esa separación que creo que fue traumática, creo que le hizo mucho daño a la filosofía, ya que la licenciatura empezó a radicalizar esa división del trabajo que ha sido nefasta para la filosofía. En la actualidad, hay universidades cuyos seminarios son en inglés, y están absorbidas por la lógica del experto. En cambio, la filosofía que se hace en los colegios aparece como algo mucho más masivo y sin importancia. El perjuicio es que en Chile la filosofía aparece como un lujo o una implantación de la que se puede prescindir. Yo creo que una de las cosas graves que ocurrió durante la dictadura fue esa separación y nadie, te prometo, nadie hizo ni dijo nada. En privado decíamos “qué terrible esto”, con Humberto, con algunas personas y compañeros, pero de que hubiese algún artículo, algo, nada, ni siquiera después de la dictadura porque esto ocurrió... bueno ocurrió en los años ochenta.

[...]

En cuanto al hecho de ser mujer, siempre ha estado presente en mi trabajo y experiencia filosófica esta pregunta por el género. A nivel de sensibilidad, yo creo que la manera de leer la filosofía en Chile de modo no magistral, sino que a pequeña escala, no es porque las mujeres tengamos que ver con lo doméstico, pero yo diría que tenemos una compulsión o capacidad de fijarnos en los detalles, cualidad que siempre he admirado en escritoras, filósofas e historiadoras. Uno lee a Hannah Arendt y te encuentras con su modalidad minuciosa, al igual que en escritoras como Clarice Lispector y Gabriela Mistral, a quienes admiro, ya que lo que pesa en ellas son situaciones fragmentarias e insignificantes a los ojos de los demás. Porque si uno lee la filosofía según se la ha compendiado en México o en Argentina, generalmente se la aborda en términos de corrientes o de historia de las ideas filosóficas [...]. Yo no quise hacer eso, así como no lo quise hacer como se hacía en Chile sobre la base de autores magistrales [...] Posteriormente, publiqué acerca de la manera en que ingresan las mujeres a la filosofía en un libro editado por Sonia Montecinos titulado *Mujeres chilenas. Fragmentos de una historia* (dedicado a Amanda Labarca y Julieta Kirkwood)⁵. Se trató de un libro que se propuso invitar a varias intelectuales de disciplinas dispares a pronunciar el término “mujeres” en el medio de la cultura cuando nadie las nombraba. Se ponía hincapié en las distintas modulaciones y contingencias de este término y se asumía un cuidado especial de no esencializar a las mujeres en el escenario de las ideas. Nuevamente se trata de fragmentos y se rehúye pensar en términos de tratados o de textos mayores. La parte referida al ingreso de las mujeres en la filosofía, la abordé considerando la dificultad que siempre han tenido las mujeres para inscribirse en este saber, sobre todo si no se soslayan las opiniones y supuestos de Aristóteles, Schopenhauer, Rousseau, Locke, Ortega y Gasset, entre muchos otros, recordando la secreta sensación de ser una

⁵ S. Montecino Aguirre (comp.), *Mujeres chilenas. Fragmentos de una historia*, Santiago, Editorial Catalonia / Cátedra UNESCO / CIEG / Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, 2008.

violadora de lugares o una “intrusa”, según señalé en *Escenas del cuerpo escindido*. Bajo estas condiciones consideré la incorporación a la universidad de algunas de las primeras mujeres que ingresan en condición de maestras, hasta llegar a figurar como académicas. Asimismo, me interesó hacer la distinción entre ser una filósofa en términos universales, y el filosofar que se deja permea por las mediaciones que conlleva el hecho de ser mujer en un medio patriarcal. A mi juicio, la condición de género también es una mediación institucional, ya por los temas que se abordan o se silencian, ya porque las ceremonias de aproximación a la filosofía parecen acoger a todos/as sin distinción. Pero no es así del todo en lo laboral y en el reconocimiento de lo que haces. En el libro cito a Carla Cordua, una reconocida filósofa chilena que en una entrevista dada a una filósofa francesa que indagaba sobre la filosofía que ejercen las mujeres en España y en América Latina, llega a decir que el trabajo de una mujer en esta profesión es en general “invisible”⁶. En la actualidad esta invisibilidad se mantiene, motivo por el cual un grupo de académicas acordamos realizar un seminario y un libro titulado *Filósofas en con-texto* (publicado recientemente)⁷. Personalmente, he sentido la discriminación en varias oportunidades. La más extrema fue cuando a una compañera y a mí un profesor, altamente reconocido, nos dijo, cuando nos vio en la sala de clases, que la filosofía no era para las mujeres, haciéndonos sentir, como diría Hannah Arendt, “superfluas”. Para no crear confusiones, es bueno señalar que este profesor era nada menos que Eduardo Rivera; por si hubiera dudas tengo varios testigos hombres que todavía se asombran de dicha exhortación.

C.A: Para retomar la relación de la filosofía con la biografía, qué pasó con las críticas, con esas críticas que el mundo heideggeriano chileno te hizo? ¿Qué pasaba contigo como intelectual? ¿Cómo influyó en el desarrollo de tu trabajo?

C.S: Bueno, para responder tendría que hablar del contexto y de sus redes

⁶ La entrevista la hizo Zdenek Kourim: “L’hegelianisme critique de Carla Cordua”, en *Femmes-philosophes en Espagne et en Amérique Latine*, París, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1989.

⁷ P. González, P. Soto, V. Buló, C. Sánchez, M. I. Peña, G. Burlando, *Filósofas en con-texto*, Valparaíso, Sello Editorial Puntángelos, 2017.

invisibles. En el año 1984 entré a la FLACSO e hice un curso para investigadores jóvenes cuya duración era de un año. En el marco de ese curso tenía que desarrollar una investigación en la que tomé como tema “La filosofía en Chile”. A mí se me ocurrió en principio trabajar, modestamente, una década. Mi profesor era José Joaquín Brunner, a quien le encantó el tema y lo hice bajo el concepto de institución que había estado leyendo tanto en Derrida como en Pierre Bourdieu. Luego obtuve una beca que entregaba en ese momento la así llamada Academia de Humanismo Cristiano y gané la beca WUS-Chile (World Service). Allí conocí a Enrique D’Etigny, quien en ese momento era el director del CERC⁸ y cuando íbamos como en la mitad de nuestra investigación, –éramos como treinta los jóvenes investigadores a los que se le daba la beca– me dijeron los evaluadores: “es la primera vez que alguien de filosofía presenta un estudio que no se basa en un autor aislado”.

C.A: Como un problema...

C.S: Claro, la investigación trataba de un problema y no de un autor. Lo que es también una política mía. Yo trato de no trabajar autores aislados, y si lo hago intento que sea un problema y no el autor el que prima porque se tiende a caer, sino en la biografía, en la personalización de la filosofía. Tomé, además como material de estudio, que se consideraba poco digno o poco filosófico, los planes de estudio. Me parecía que estos planes también eran parte de la institucionalidad, una especie de filosofía implícita que era importante investigar. Fui tan libre haciendo la investigación que incluso tenía una parte irónica que fue muy celebrada sobre todo por Enrique D’Etigny, ello porque decía que aquí en Chile cada profesor se mimetiza con algún filósofo y sus tics de escritura: tal profesor –y con nombre y apellido– es Descartes, tal otro es tal. Entonces, muchos de los evaluadores me dijeron que mi trabajo parecía una novela... después, para publicarlo, tuve que editar mucho. En ese momento pensaba en renunciar a la filosofía porque sabía que me había salido

⁸ Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea.

demasiado de los parámetros oficiales.

[...] Cuando empecé a elaborar el libro, paralelamente, se estaba armando el Colegio Autónomo de Filosofía, cuya figura principal era Pablo Oyarzún, movimiento al cual yo también pertenecía, así como Patricio Marchant, Willy Thayer, entre otros. Se estaba discutiendo sobre Filosofía en Chile también. Pero, claro, lo que yo hacía era distinto. Esto nunca se dijo públicamente, sino que recuerdo, de parte de Sergio Rojas por ejemplo, una crítica muy sutil sobre lo que significa investigar en el sentido heideggeriano. La crítica justamente que hace Heidegger es al hecho de tener que reunir un material empírico y a la forma de cómo elaborar ese material... Curiosamente yo, ya en el año 1988, hice mi primer viaje a Francia invitada por el Colegio Internacional de Filosofía a exponer mi tema. En ese viaje, Patrice Vermeren me muestra cómo Jacques Rancière trabaja directamente con archivos en la biblioteca. Ahí me di cuenta que en Chile teníamos una idea demasiado heideggeriana de la filosofía en Chile, pues se tachaba de “óntico” cualquier material empírico o realidad histórica, y en Francia se trabajaba en la biblioteca con materiales empíricos sin inhibiciones. Y yo me sentía mal porque la idea que se tenía acá era a partir de códigos especulativos y supuestos extrapolados desde filósofos reconocidos. Con todo, si tú lees los libros o artículos publicados en diferentes períodos, tampoco resaltan por su especulación, sino que se tiende a divulgar el pensamiento de los filósofos magistrales; ese es el gran problema de la filosofía en Chile. Entonces, más que pensar o indagar un problema, se divulga con fidelidad el pensamiento de un autor. El autor dice esto..., lo explican, no hay una pregunta de algún tipo como para reelaborar lo que dice el autor sino que predomina la explicación o la divulgación, salvo excepciones que todos conocemos muy bien. No hay grandes hipótesis, no hay grandes preguntas, al menos en ese período [...] De hecho, me di cuenta también, que los materiales que buscaba en la Biblioteca Nacional en Chile eran bien complejos porque nadie los consultaba y, por tanto, nadie sabía dónde estaban ubicados en las bóvedas. Así, por casualidad, me encuentro con un texto de Pedro León Loyola que, además, era bien delirante porque al escribir sobre la Filosofía en Chile escribió sobre

él mismo en tercera persona, me refiero a *Hechos e ideas de un profesor*⁹. Entonces, era como si hablara de sí mismo pero como si fuera otra persona, con una escritura impersonal que constataba hechos. Fue un hallazgo, porque los textos firmados por autores chilenos no se leían. Estuve mucho tiempo leyendo lo que se discutía en los seminarios realizados en Chile en diferentes períodos, así como varios libros de autores como Ventura Marín, Andrés Bello, Humberto Giannini, Jorge Millas, Luis Oyarzún, Juan Rivano, entre varios otros. Hasta donde yo recuerdo, los libros de autores y autoras chilenos/as nunca habían sido materia de una lectura interpretativa. Claro, ahí me di cuenta de que todo lo filosófico que se publica en Chile, en realidad carecía de valor porque nadie lo leía, pese a que se publica mucho. Yo creo que hoy día ese disvalor es diferente, aunque levemente diferente. De hecho, en la ACHIF¹⁰ tuvimos un tremendo problema –aprovecho de contarlo aquí– producto de un acuerdo de asamblea¹¹. Este compromiso suponía solicitar en la convocatoria al Congreso de 2015 que se citaran autores chilenos o latinoamericanos si el tema lo requería, lo cual suscitó fuertes resistencias en algunos miembros.

[...] Volviendo al uso de materiales no tradicionales, lo más cercano que uno puede estar de las prácticas intelectuales es a través de aquello que las regula. En el caso de la filosofía son los programas de estudio, pero no se tomaban en cuenta ya que aparecían como algo exterior a la filosofía. Y, lo que yo quería era acercarme lo más posible a la práctica de la filosofía. Por cierto, ese acercamiento generaba incomodidad, malestar. Además, había otros proyectos de filosofía en Chile que tenían otro carácter, con los cuales yo misma tuve muchos problemas. De hecho, fue bien problemático en ese momento publicar el libro, ya que fui amenazada por Patricio Marchant de hacerme un juicio. Marchant había sido uno de los entrevistados —que sin haber leído el libro me dijo por carta que yo cometía plagio. Según él, había

⁹ Pedro León Loyola, *Hechos e ideas de un profesor*, Santiago, Facultad de Filosofía y Educación Universidad de Chile, 1966.

¹⁰ Asociación Chilena de Filosofía.

¹¹ Cecilia Sánchez formó parte de la directiva de la ACHIF en el periodo 2014-2015.

otros que pensaban lo mismo. Entonces, fue un tiempo muy terrible. En el contexto en que se dio la publicación de ese libro tuve la sensación de luchar con unas fuerzas invisibles y no eran precisamente las de la dictadura.

C.A: ¿Ese fue el tiempo en que pensaste dejar la filosofía?

C.S: No, yo pensé salir de la filosofía antes, en un momento en que estaba todo completamente cerrado y que, de hecho, muchos compañeros se fueron para hacer otras cosas. Mucha gente dejó de hacer filosofía y yo, estando ya en la FLACSO, pensé orientarme más a la literatura o a la sociología y pensaba cerrar mi estadía con esta investigación cuando sorpresivamente fui invitada a ingresar al área de filosofía del CERC. Me ocurrió varias veces: cada vez que buscaba alejarme de la filosofía, volvía... no por mí, sino que había algún tipo de llamado que hacía que me mantuviese en este espacio. Con todo, yo diría que los años '80 eran antifilosóficos en el sentido tradicional del término, pero altamente reflexivos. Fue una época insólita en cuanto a que me inserté en muchas discusiones sobre temas de arte y política –que ya no pasaban por la universidad–, discusiones y discursos interesantes en galerías de arte cuya figura principal fue Nelly Richard. De hecho, mucha de la gente de filosofía fue llegando a esos lugares. Recuerdo la presencia de Pablo Oyarzún, Willy Thayer, entre otros. También, en el CERC –y hubiese sido un gran trabajo si lo hubiese podido hacer– se me pidió tratar institucionalmente el estudio del derecho. Un poco para entender por qué las instituciones universitarias chilenas no aceptaban en ese momento tratar el tema de los Derechos Humanos.

En ese momento, la Academia¹² fue un lugar que generó un pensamiento libre porque recibió a gran parte de los intelectuales expulsados o disidentes provenientes de distintas universidades. También fue el lugar donde se gestaron nuevos temas en virtud del amparo que brindó Raúl Silva Henríquez en ese período. Y luego estaba el Círculo de la Mujer, configurado en esa misma Academia por el movimiento feminista

¹² Academia de Humanismo Cristiano.

liderado por Julieta Kikwood, al que también me integré a nivel de sus charlas y debates. De hecho, tuvimos un año de discusión sobre las prácticas de la escritura desde la mujer desde distintas perspectivas. Participó gente de filosofía, de literatura y antropología, estaba Diamela Eltit, Nelly Richard, Adriana Valdés, Sonia Montecino, entre otras, además tuvimos la importante visita de Mercedes Valdivieso. También empezó a hacerse visible otra veta en la Academia, generada en el área de filosofía del CERC. Se trata de la filosofía política. El auge de esta área de la filosofía la menciono también en el artículo que publiqué en Solar. Allí señalo que la filosofía política, de la manera en que empieza a aparecer en el CERC, no se había practicado en Chile. Hay autores que se desconocían, preguntas sobre el tema de la democracia que no se habían hecho, la importancia que tenía la democracia y la configuración de la ciudadanía. Este fenómeno, cuyo principal actor fue Carlos Ruiz Schneider, es el motivo por el cual, hace poco, en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano –que es la continuación de la Academia de Humanismo Cristiano– se nos ocurrió hacer un seminario sobre la obra de Carlos Ruiz como filósofo de la democracia y de la educación. Las materias que fueron resultando de ese seminario y de lo que nos fuimos enterando, especialmente con las exposiciones de Renato Cristi y de Claudio Durán, fue justamente acerca de cuestiones que fueron pensadas durante la dictadura sobre la democracia y el pensamiento conservador por Carlos Ruiz en el contexto del CERC, acompañado por Renato Cristi y Rodrigo Alvaayay. Lamentablemente, mucha gente no tiene idea de este foco de discusión que, repito, se hace en los años ochenta, en un momento en que la filosofía tradicional se acentuó en las universidades intervenidas por la dictadura; pero en la sociedad civil, y en el ámbito de ciertos grupos y ONG, se abrieron nuevas orientaciones y preguntas a otra filosofía, como dices tú.

A mi juicio, el vínculo entre democracia social y democracia política es el vínculo que le permite a Carlos hablar de la educación, no como un problema técnico, sino político. Esos puentes, esos nexos, en general los que estudian filosofía política, los que se dedican a leer a un autor, no los hacen porque no trabajan con un problema

enmarcado históricamente, sino que trabajan en un problema muy específico, novedoso e impactante, según los criterios de instituciones como Fondecyt, entre otros. La nueva orientación de una filosofía otra, a mi juicio, surgió de ahí, de ese momento en que lo importante no venía de la universidad porque en la universidad no pasaba absolutamente nada. Habría que agregar que la discusión se enriqueció notablemente con la llegada de los filósofos y filósofas provenientes del Colegio internacional de Francia, entre los que destacan Patrice Vermeren, Stéphan Duailleur, Jacques Rancière, Étienne Tassin, Miguel Abensour, Chantal Mouffe, entre muchos otros/as [...].

En el contexto de la Academia, surgió también la discusión sobre el pensamiento latinoamericano. O sea, ahí también, en ese lugar se hicieron presentes Eduardo Devés, Ricardo Salas, Carlos Ossandón... todo esto se hacía en términos de círculos: el Círculo de la mujer, el Círculo de la filosofía latinoamericana, el Círculo de la filosofía política – donde estaba Carlos Ruiz– hasta que se instituye el área de filosofía del CERC. Por estos motivos, yo diría que la institucionalidad del período al que me refiero es muy de la sociedad civil, es además la forma o modalidad que marcó mi trabajo.

C.A: Respecto a tu primer libro, tu afirmas que: “[...] en la ‘Presentación’ del libro señalo que: ‘La filosofía, tal cual ha existido en Chile en lo que va corrido del presente siglo, supone a la Universidad como su puntal’. Sin embargo, la situación de censura del período imposibilitó la realización intrauniversitaria del estudio sobre la filosofía local”¹³. Es decir, tu trabajo acerca de la universidad fue realizado fuera de ella y contra su voluntad. ¿Crees que sigue prevaleciendo este carácter paradójico de la institución filosófica hoy? ¿Cuáles serían sus formas? ¿Hay hoy institución filosófica chilena fuera de la universidad?

C.S: El dentro-fuera [...], o, la filosofía tal como nosotros la concebimos en Chile,

¹³ C. Sánchez, “Institucionalidad de la filosofía en Chile: rutas y quiebres”, art. cit. p. 152.

me parece que no permite pensar la filosofía local, a no ser de modo intersticial. Bien se sabe lo difícil que es instalar cursos sobre el pensamiento desarrollado en Chile o en América Latina en su vertiente más contemporánea, porque cuestionan al sujeto universal de la filosofía tradicional. También es difícil plantear preguntas o abrir debates sobre el patriarcado filosófico (o falocratismo, según lo denomina Luce Irigaray) y más difícil realizar el cuestionamiento del sujeto universal en virtud de que a las mujeres no se las considera dentro de lo que se entiende por sujeto universal, ¿no? Porque, además, la filosofía dice muchas cosas sobre las mujeres desde el punto de vista de lo fallido; entonces, alguien que se pusiera a escuchar –como lo han hecho muchas filósofas– qué dice la filosofía de las mujeres, estoy segura que en mi tiempo en Chile esa mujer no habría podido hacer su tesis. Curiosamente sí ocurrió en México. La primera mujer que hace una tesis de filosofía preguntándose por las mujeres es Rosario Castellanos, uno de cuyos evaluadores fue Leopoldo Zea, según lo señala Raúl Fonet-Betancourt en su libro *Mujer y filosofía en el pensamiento iberoamericano*¹⁴. Eso fue el año '58 más o menos, poco después de que Simone de Beauvoir publicara su libro. Por lo tanto, hay una serie de paradojas con respecto a ciertos aspectos que tiene o ciertas representaciones que tenemos de la filosofía. Ahora yo no creo que la universidad como tal se hubiese opuesto. Yo creo que lo que pasaba en la universidad en ese tiempo sigue existiendo hoy día: una no-escucha, una neutralidad que es muy activa. Tú puedes escribir, tú puedes hacer lo que quieras, pero es como si estuvieras muerta o muerto, como si estuvieras en un sitio donde nadie te escuchara, en una suerte de Comala como la narrada por Juan Rulfo. Entonces es difícil el fuera de la universidad, pero también el dentro.

C.A: Es como la “contra de la voluntad” que yo quería decir. Que en el fondo es contra lo que la universidad desea, como contra el deseo de la universidad, no es que haya un hecho de prohibición...

¹⁴ R. Fonet-Betancourt, *Mujer y filosofía en el pensamiento iberoamericano*, Barcelona, Anthropos, 2009.

C.S: ¡No! En ninguna parte está escrito “aquí se prohíbe hacer esto”, pero si tú lo haces, nadie te va a escuchar, no te van a publicar, no vas a ganar un proyecto, no va a pasar absolutamente nada. Ahora bien, en el momento de la dictadura, como gran parte de los profesores que valían la pena no estaban en la universidad, estaban expulsados, entonces se había creado una institucionalidad que era más propia de la sociedad civil que del Estado y, sin embargo, no era una institucionalidad proveniente del mercado, porque aquí en Chile lo que no es estatal creemos que es del mercado y no hemos investigado las zonas intermedias a las que echamos mano cuando hay una dictadura, por ejemplo, que es algo que a mí me tocó experimentar. Se fue forjando una pequeña institucionalidad, en el sentido de que la gente empieza a trabajar sistemáticamente en algo; esa es la experiencia que yo tuve por un tiempo trabajando con Rodrigo Alvaay, con Carlos Ruiz, con Ricardo Salas, con Pablo Salvat, con Fernando García y Cristina Hurtado. Con un grupo muy interesante en que nos preocupábamos, además de estar atentos a lo que estaba ocurriendo, a la realidad contemporánea, no sólo chilena.

C.A: Otra paradoja, entonces, tiene que ver con estos círculos o instituciones que se formaron en la dictadura y que desaparecieron con la llegada de la democracia. Esta lectura me interesa porque parece que en ese momento –y es una crítica a los que hicieron la resistencia en dictadura– se perdió el sentido. Se perdió el sentido de organización, se perdió el sentido de lucha, y parece que a la filosofía le hubiese pasado lo mismo. Perder el sentido de unión, de trabajo en círculos o en grupos o de organización en función de algo. [...] Es decir, en dictadura sí, y en democracia, que supuestamente, o, al menos formalmente, se tenía mayor libertad, ese sentido se perdió.

C.S: Claro, si uno empieza a examinar lo ocurrido, en realidad las universidades se quedaron con las mismas personas que habían ingresado durante la dictadura. Yo diría que hasta el día de hoy, la misma Universidad de Chile sigue funcionando con algunos integrantes “extraños” [risas]. Los concursos son muy epidérmicos, de hecho yo no he ganado ningún concurso ¡y me he presentado en universidades serias! No he ganado ningún concurso, quiero decirlo. En la Universidad Humanismo Cristiano

he ganado, pero en las otras universidades, ninguno. Entonces, a mí me da la impresión de que en todos los niveles de nuestra vida política-educativa... la política volvió a sus máquinas, por así decir, la universidad volvió a sus jerarquizaciones, incluso peores que las que había. Porque, te digo, yo alcancé a estar un semestre del periodo antes del '73 y era increíble la manera en que se estaba pensando, por lo menos en ese pequeño grupo que tenía grandes proyectos, y todo eso se acabó. Te digo que eso es antes de la dictadura, no te digo que todo lo maravilloso surgiera en la dictadura. Claro, en ese momento de peligro surgen vínculos, discursos, temas, maneras creativas de hacer las cosas que después se pierden cuando aparece una rutina que además consolidó lo peor de las universidades. [...] admiro mucho el discurso o—aunque no estoy de acuerdo en muchas cosas— de Valentín Letelier sobre la universidad como el lugar en donde se discute de las cosas más indiscutibles, incluso más problemáticas, y eso, de verdad, no ocurre en las universidades actuales. Uno cuando va a un seminario —a mí eso siempre me llamó la atención— va porque a uno le toca hablar, pero no va a escuchar a nadie, pocas veces la gente va a escuchar a alguien. En Francia eso no era así, no sé si es porque hay mucha gente interesada en la filosofía, mucho extranjero [...]. Yo vi ese interés que había de gente que no era necesariamente estudiante formal, que andaban buscando a la filosofía en seminarios y congresos. Eso no ocurre en Chile. Ocurrió sí durante la dictadura, [...] culturalmente surgieron cuestiones que hoy día se volvieron completamente rutinarias. Entonces, pasa que en Chile no se revisó... no se quiso cambiar algunas cuestiones, [...] y se instalaron ciertos consensos, ciertas cuotas y cada cual en su pequeño lugar hace lo que puede. Y diría que no está ocurriendo algo importante hoy día, en ninguna parte.

CA: Hace un momento me dijiste que ahora no está pasando nada en la universidad y tengo la sensación que ese “no está pasando nada” se refiere a lo que sí pasó en dictadura, como cuando te dije que lo que pasó en dictadura terminó de pasar en democracia...

C.S: Voy a matizar ese “no pasa nada” porque puede ser muy injusto.

C.A: Claro, pero de alguna manera creo que, por una parte, esto de una universidad sometida a la producción, a la eficiencia del saber, te da toda la razón respecto a que no pasa nada más que eso en la universidad. Pero, por otra parte, creo yo, que los departamentos de filosofía no tienen la costumbre de pensarse a sí mismos, y ahí sí yo diría que “no pasa nada”. Y lo digo, precisamente por lo que ha pasado este año fuera de la universidad que tiene que ver con la defensa de la filosofía en la Educación Media a propósito de la Reforma educacional en Chile y el trabajo de organización que la REPROFICH ha hecho junto con otros actores¹⁵ desde fuera de la universidad. Lo que me gustaría acentuar aquí, más que la reivindicación del espacio de la filosofía en el colegio, tiene que ver con un trabajo, con una participación para y desde la filosofía. Lo que creo que ha pasado es que aquí ha aparecido otra filosofía...

C.S: Otra práctica de la filosofía. Sin embargo, las discusiones por la defensa, además del diario, han sido dentro de la universidad.

C.A: Otra filosofía en la medida en que la filosofía es una práctica filosófica. Una de las cosas que me da la razón es que en una última reunión en el MINEDUC¹⁶ se nos preguntó “¿qué pensará el área más conservadora de la filosofía de estas propuestas?” A esto me refiero a otra filosofía, otra en relación a lo institucional, otra en relación a lo que había...

C.S: Claro, la palabra institucional tiene varios sentidos. Tremenda reflexión al respecto.... [...] Lo que ocurrió ahora es un poco lo que yo proponía con mi libro, que justamente los departamentos de filosofía reflexionaran sobre sus políticas filosóficas y yo creo que hoy día esa reflexión la está haciendo la REPROFICH con ese llamado muy integrador que está haciendo, yo estoy fascinada realmente con lo que está ocurriendo... y cuando dije que no estaba pasando nada me refería a ciertas rutinas que se han instalado y si bien hay excelentes trabajos y una muy buena

¹⁵ Para esta ocasión se formó el Frente Amplio por la Filosofía, FAF, compuesto por la ACHIF, las Coordinadoras de Estudiantes de Valparaíso y de la Región Metropolitana, representantes de directores de departamento, de académicos y la Red de Profesores de Filosofía de Chile, REPROFICH.

¹⁶ Ministerio de Educación.

formación académica en Chile, lo que falta es qué hacemos con eso. A esto me refiero con el “no está pasando nada”... porque justamente lo que está promoviendo la REPROFICH son preguntas políticas sobre la filosofía y que yo creo que, si bien se abrieron esas preguntas durante la dictadura, se cerraron cuando se acabó la dictadura. No digo que se hayan cerrado del todo porque hay muchas personas que han hecho un trabajo en esa dirección como Carlos Ruiz, Pablo Oyarzún, Marcos García de la Huerta, Carlos Ossandon, entre varios otros... Humberto Giannini que siguió preguntándose por el perdón, por el espacio cotidiano y el pensamiento callejero, [...] Por lo tanto, hay varios trabajos que sí siguieron reflexionando. También hay nuevas reflexiones que aportan preguntas en el área del pensamiento en Chile y en Latinoamérica, como las de José Santos, Maximiliano Figueroa, Alex Ibarra, Cristóbal Friz, entre otros. A nivel del feminismo y del pensamiento de las mujeres filósofas menciono muy especialmente al grupo que dio curso al seminario y al libro *Filósofas en con-texto*. Por último, a nivel de la promoción de la filosofía en los colegios es importante mencionar a Silvia Pérez, a ti misma, a Rosario Olivares y a tantos otros y otras.